**EL FORASTERO DE LA VENTANA**

Rosina, como es su costumbre, viste únicamente sus calzones del diario. Montada sobre Lindoro, él bocabajo sobre el colchón, le masajea con enjundia y pericia la espalda, de arriba a abajo; desde donde nace hasta donde nace el cabello. Y es que así fue el trato desde que se casaron. Ella no ayudaría con la recolección de las almejas para no estropear sus bellas y suaves manos.

Él estuvo de acuerdo con una condición: que le hiciera masajes y caricias cuantas veces él se lo pidiera, con sus manos para eso reservadas. Si no, para qué más podía quererlas suaves. Y así fue y así es, igual como todos los días desde hace doce años, transcurre esta tarde de otoño, después de la faena cuando Lindoro regresa con su espalda adolorida. Sin embargo lo distinto de ahora, es que un desconocido observa divertido la escena, recargado con desfachatez en el alféizar de la abierta ventana.

Para alguno quizá sea evidente, ni ella se llama Rosina ni él Lindoro. Pero ella de alguna clase en la escuela recuerda haber oído sobre una famosa historia de amor con esos nombres y desde novios, casi como un juego, los han adoptado. Y como viven tan felices, aislados en el más lejano de los universos, no necesitan más. Y aunque quisieran, los verdaderos ya no les corresponden, se les están olvidando y ningún papel poseen que se los recuerde.

Una inmensa salina incomunica su mundo del resto. Y su mundo es un gran estero con kilómetros de canales, vastedad de pantanos y sinfín de manglares. Un estero para ellos solos y en el centro, escondida sobre una lengüeta de tierra, su pequeña casita. Toda de madera pero bien construida, una sola habitación, una puerta, tres ventanas con mosquitero pero sin vidrio. Piso de cemento pero sin pulir y un colchón tamaño matrimonial de muy buena calidad, que hay que recargar contra la pared para hacer cualquier otra cosa.

Rosina, para quitarse un travieso mechón de la cara sin usar las manos, da un tirón de cabeza, así levanta la vista de su cometido y ve al tipo de la ventana. Pero ni alerta a Lindoro ni se cubre sus pequeños pero lindos pechos. Al contrario, hay algo en la cínica sonrisa del joven, que le hace no sentir miedo, sonreírle de regreso y seguir con su quehacer. No es hasta un par de minutos después que Lindoro empieza a voltearse, su espalda satisfecha, su sexo reclamando, que repara en la presencia del extraño. Su primer instinto es tapar con lo que sea a su mujer y voltear a buscar el machete que siempre mantiene perfectamente afilado, en el lugar de costumbre junto a la puerta. Son muchos y largos los segundos para quitarse a Rosina de encima e incorporarse. Se siente ridículo con su desnudez alborotada, su mujer aún sin cubrirse, tirada en el colchón entretenida y el hombre todavía en el vano, observando todo, sonriéndole divertido a la escena…